

# LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

## BIBLIOGRAFÍA.

*Historia de la Ciudad y Provincia de Cádiz. Nuevamente escrita por D. Adolfo de Castro.*

En uno de nuestros anteriores números anunciamos la publicación de esta importantísima obra, de la cual hasta entonces solo conocíamos con el público las primeras entregas. Repartidas ya casi la mitad de las que próximamente deben formarla, poseemos datos bastantes para colegir del mérito de lo publicado el valor de lo que falta por publicar; parte no ciertamente la de menor interés, puesto que ha de comprender las épocas de mayor prosperidad y de mas alta gloria que Cádiz alcanzó nunca.

Esta Historia, segun entonces apuntamos, habia llegado á ser un libro de todo punto indispensable; porque cuando un pueblo llega á adquirir cierta importancia en el país necesita mostrar su egecutoria para que no se le tenga por advenedizo, ni mas ni menos que sucede á los hombres. Cuando el primer Napoleon llegó á ser emperador, los anticuarios descubrieron que descendia de una familia de reyes; lo cual si no convenció, consoló al menos á los monarcas á quienes habia vencido.

Pero el escribir una historia que comprendiese no solo la de la capital, sino la de una provincia que, como la de Cádiz, encierra en sí tantas ilustres, populosas y ricas ciudades, era empresa que á muy pocos era dado acometer con esperanza de éxito; porque aunque algo habia compilado y puesto en orden, eso, fuera de ser poco, mas acaso que auxilio fuera entorpecimiento para el trabajo, toda vez que habria que espurgarle de errores y que discutir los hechos á la luz de una sana crítica. La voluminosa obra del P. Concepcion, por ejemplo, es un verdadero establo de Augías, que para desembarazarle y limpiarle de patrañas

ha menester no menos que las fuerzas de un nuevo Hércules.

En efecto, la Historia de Cádiz compuesta por Agustin Horozco, no debe reputarse obra tan completa ni con mucho como fuera menester, y si bien escrita con juicio, al cabo solo proporciona algunos datos, frecuentemente buenos, que pueden aprovecharse para otro trabajo mas extenso y mejor meditado. *El Emporio del orbe, Cádiz ilustrada*, de Fray Gerónimo de la Concepcion, parece como que se propuso acreditar absurdos é imaginar estupendos dislates en todo aquello que no se refiere á acaecimientos contemporáneos ó que constaban por noticias auténticas. Las *Antigüedades* de Suarez de Salazar, persona erudita sin duda en alto grado, constituyen una obra ilegible por lo indigesta, pues no hay lector de paciencia tal que apure hasta cuarenta ó cincuenta citas de autores griegos ó latinos para averiguar la forma de los crótales ó de los címbalos, ó para saber la opinion de impudicia de que gozaban en Roma las bailarinas gaditanas.

La vastísima erudicion, la laboriosidad incansable y el escelente criterio de nuestro especial y querido amigo D. Adolfo de Castro, han triunfado de todos los obstáculos. Cádiz y su provincia tenian derecho á esperar de su distinguida pluma una buena Historia. Esa Historia existe ya.

Para dar alguna idea del estilo de ella, principiamos trasladando aquí algunos párrafos de su brillante introduccion. Dicen así:

„Cuando leo en Plinio el número grande de pueblos de importancia que cubrian el suelo de la Bética, pueblos que en su mayor parte han desaparecido, cuando los geógrafos no aciertan á designar la situacion que los mas tuvieron, y cuando la historia calla no solo su manera de ser, sino igualmente su manera de acabar, contemplo con cuanta imperfeccion la



inteligencia del hombre abarca lo pasado y que hay hasta privilegiada felicidad en la desdicha. Ruinas de ciudades prepotentes yacen con sus nombres sobre la tierra: otras sin el nombre se ocultan en sus senos. No intentan el historiador y el geógrafo remover el manto de arena en que se envuelven sus escombros ó cimientos, como avergonzados del olvido que la historia dió á la destruccion suya y á la de sus hijos.

„No llega á turbar su quietud el hierro dirigido por la ciencia que investiga: sino el del arado. Hiere y huella el cadáver de las antiguas poblaciones la ignorancia del rústico. El aura que corra por aquellas soledades y que un tiempo acarició las torres de la ciudad demolida, no ha de decirle el nombre que ella habia ostentado. El descubrimiento de sus ruinas casi siempre queda en el silencio, á menos que el arado no presente á la vista del labrador las monedas de plata ú oro que se esconden entre sus piedras. La ignorancia, guiada por la codicia, enseña entonces al sabio lo que el sabio en vano habia querido adivinar desde el hogar doméstico. No siempre la ciencia alumbrá á la razon: muchas veces la confunde, porque quiere someter á reglas inmutables cuanto abraza. Mientras el rústico en la soledad ha presentido grandes verdades, excepciones de las reglas de la naturaleza, y ha sabido la existencia de fenómenos sin explicarse las causas, los hombres científicos ni las han sospechado siquiera por un momento solo.

„Pero esas grandes ruinas sembradas en nuestros campos, esos nombres de pueblos de ignorada historia, ¿qué enseñan á nuestro raciocinio? Una verdad innegable: los padecimientos de la triste humanidad. No se aniquilan por sí ciudades de poblacion inmensa y de suntuosos edificios. Podrán debilitarse con el transcurso de los siglos, y de mas número de habitantes venir á menos: siempre los intereses creados llamarán á sus casas habitantes; pero desaparecer del todo sus edificios y demás propiedades, por el abandono voluntario de sus hijos, no hay razon que baste á demostrarlo. Mas que terremotos, el estermio que llevan consigo espantosas y repetidas guerras, solo pudo haber arrancado de los hogares á los vecinos de tan opulentas poblaciones: el fuego y el hierro solamente pudieron destruir los edificios que á pesar del tiempo la mano del hombre hubiera reparado.”

Despues de este proemio, tan superiormente escrito, y que da desde luego una alta idea de la obra, principia el Sr. de Castro á fijar la

geografía antigua de la provincia; asunto arduo harto mas de lo que pudiera imaginarse á primera vista, toda vez que es objeto aun de controversias, dignas por cierto de ser escrupulosamente meditadas.

Surge de la discusion á que han dado lugar las varias y encontradas opiniones acerca de esta parte de la Historia una creencia propia y esclusiva hasta ahora del Sr. de Castro, pero para establecer la cual, emite razones muy valederas. Hablamos de la verdadera situacion de Munda, celebrísima por la gran batalla en que César venció á los hijos de Pompeyo, y que le aseguró el dominio de Roma y del mundo conocido entonces. Tras investigaciones muy prolijas, tras la mas minuciosa confrontacion de los pasajes de los historiadores con las condiciones de los terrenos en que aquel gran hecho de armas tuvo lugar, y que ha sido supuesto por algunos escritores ya en Munda, ya en Palma del Rio, ya en Mondéjar, ya en Cebreros, ya en Montilla, en Monturque, en Ronda, etc., deduce el Sr. de Castro que Munda debió existir en la provincia de Cádiz, y le designa su sitio en las ruinas que aun existen sobre la cumbre del Gibalbin en el término de Jerez de la Frontera.

Pasando de aquí á lo puramente histórico, y despues de hablar estensamente acerca de la parte que á Cádiz y su provincia cupo en las porfiadas guerras con que afligió á España la encarnizada rivalidad que se encendió entre Roma y Cartago, viene á reflexionar el autor acerca de la conducta que en tan azarosas circunstancias hubo de trazar á Cádiz su íntimo conocimiento del estado de las cosas públicas. Roma dominaba en efecto, y sin rival en la península entera. ¿Qué camino dictaba la prudencia seguir? ¿Cuál fué el que siguió nuestra ciudad?

Esto da ocasion al historiador para un discurso sobre el *Valor y el Talento*, que en seguida trasladamos como segunda muestra. Así se espresa:

„Al llegar aquí no puedo menos de traer á la memoria las grandes y obstinadas guerras que contra el poder y yugo de Roma movieron los lusitanos, los numantinos y otros pueblos atrevidos en el acometer, constantes en el lidiar, vencedores de las fatigas y de los trabajos, mas denodados cuanto mas mengua de gente padecian, sirviéndoles de mayor incentivo para sus iras las tribulaciones con que los oprimia, y no los aterraba todo el rigor de la contraria fortuna.

„Estos animosos pueblos que en tantas ocasiones hicieron honda herida en los ejércitos



de Roma, que tantas y tantas veces quebrantaron su temeroso poder, destruyéndolos á hierro y á fuego y obligándolos á aceptar con ignominia la paz que les otorgaban, paz que con terror, mezclado con indignacion, tenia que rechazar el Senado por honra y para seguridad de la república, por espacio de largo tiempo con combates repetidos ostentaron su fortaleza en las armas, la excelencia de sus caudillos, su heroicidad, en fin, digna de los hombres con quienes tan reciamente lidiaban, y no menos digna de haber sido coronada con el laurel de la victoria.

„Y al ver malogrados tantos esfuerzos, tornó la vista á contemplar la provincia bética bajo la dominacion romana, y especialmente la ciudad de Cádiz, favorecida de Roma, y favorecedora al propio tiempo. Las espadas heridas por los rayos del sol y semejantes á relámpagos repetidos, pocas veces resplandecieron en nuestros campos para caer sobre las huestes de Roma. Mantúvose Cádiz en paz y en bien con la república prepotente, y aun en los tiempos en que el imperio habia pasado al poder de un solo hombre.

„Y considerando que las mismas causas que en otros pueblos de España incitaron á sus belicosos moradores á remitir á la guerra la conservacion de sus leyes, y la seguridad de sus haciendas y vidas contra las dilapidaciones y crueldades de los pretores, en Cádiz y otras ciudades importantísimas de la Bética pudieron igualmente encender los ánimos en no menos terrible saña de aniquilar hasta las últimas señales de dominacion en su territorio, y sin embargo casi siempre todas estas se conservaron en fidelidad, y aun en las guerras civiles tomaron tan activa parte como si fueran entre sus ciudadanos mismos, no halló otra explicacion que satisfactoria sea sino en el talento y en la cultura de estos pueblos.

„Aquellos quisieron fundar sus derechos en las armas: los de Cádiz, como atestigua Ciceron, en el conocimiento del derecho público y en las de la sabiduría.

„Los Turdetanos tenian antiguas leyes escritas: amaban la poesía: sabian cultivar la inteligencia. Por eso simpatizaron con los romanos: por eso y no por liviandad de corazon se ligaron con ellos en amistad estrecha. Los vínculos del talento hicieron hermanos á los de Cádiz y á los de Roma.

„Lucharon con heroico valor aquellos pueblos; mas el yugo les vino al cabo, sin que las armas mismas, á que confiaron la conservacion de sus leyes, aquellas armas tan bien probadas en incesantes lides, pudiesen ó asegurarles la libertad ó conseguirles mayores pri-

vilegios que los que otras ciudades, sin derramar inútilmente la sangre de sus hijos, sin sufrir los desastres de la guerra, habian conseguido por las armas del raciocinio.

„Así perecieron tantos héroes españoles al hierro de los romanos: así poderosísimas ciudades se consumieron y acabaron en dilatadas guerras: así otras quedaron lastimosamente quebrantadas.

„Sin afrenta propia y con perpetuo honor, Cádiz logró por el talento de los suyos la alianza, no la cautividad de los romanos: sus hijos empezaron á conseguir los derechos de ciudadanía en Roma: el mas grande de los oradores de la antigüedad defendió ante el pueblo el deber en que la república estaba de conceder y aun multiplicar tales preeminencias en pró de los gaditanos: los gaditanos, no apelando á la supremacía de las armas sino al respeto que la inteligencia tiene para con la infelicidad, no lograron destruir inútilmente legiones que fueran sustituidas por otras y otras, hasta acabar con una vigorosa resistencia al poder de Roma en España: no hicieron temblar al Senado con nuevas de derrotas ignominiosas, pero en cambio no vieron las heridas y muertes de sus habitantes, ni cómo la planta de un orgulloso vencedor hollaba las ruinas de sus casas, convertidas en miserables tumbas de sus valerosos hijos.

„Al contrario, estos, en vez de ser forajidos en las montañas por el honroso delito de aspirar á la independencia de su pueblo, en vez de perecer al rigor del puñal asesino, en vez de humillarse á solicitar la paz tras una resistencia heroica, pero inútil, consiguieron una mayor victoria de los romanos: el respeto, el amor, la estimacion perpétua de sus virtudes.

„Hijo de Cádiz fué el primer extranjero en Roma que presidió el Senado con la dignidad de cónsul: hijo de Cádiz el primer extranjero tambien por quien Roma rompió sus muros para que por la via triunfal subiese al Capitolio: hijo de gaditana el segundo extranjero que ciñó á sus sienes la diadema imperial que ya habia ceñido un hijo de la Bética igualmente.

„Venero y veneraré siempre el heroico valor que con orgullo sabe resistirse á tolerar el afrentoso yugo de un conquistador extraño; pero entre el esfuerzo bélico que con constancia noble lucha sí, pero sacrifica las vidas, ya para el triunfo, ya para la derrota; y entre la inteligencia que evita sábiamente el luchar en vano ó con oportunidad, y se encamina á conseguir el objeto del bien de la patria sin la pérdida lastimosa de la cara sangre de los suyos, doy la preferencia, no al valor, no á la heroicidad, sino al talento.



„Mueva, pues los afectos populares el historiador que guiado de un entusiasmo ardiente, diviniza el valor: yo aplaudiré su noble intento, como tributaré siempre mis loores á cuantos procuren por cualquier via enaltecer el sentimiento de la dignidad de la patria; mas cuando esta puede conseguirse ó por las armas de la violencia ó por las armas de la razon, el sentimiento de la humanidad tiene para mí mas valor que lo que el vulgo estima; y allá irán mis afectos donde luche ó haya luchado por la causa del bien lo mas digno que hay en el hombre: su inteligencia..”

Pero vengamos ya á aquella importantísima época en que nuestra provincia fué el teatro de la mas fatal derrota de que acaso dan noticia los anales de una nacion cristiana; derrota que acabó de un golpe con el poder de los godos, y hasta con la nacionalidad española, reconquistada despues en largos siglos de combates y gloriosas hazañas. Ya se comprende que queremos hablar de la célebre é infaustísima batalla del Guadalete, en que Rodrigo perdió con la vida la corona, y que dió á los árabes de un solo golpe un poderoso reino.

Aquí el Sr. Castro, como se echará de ver, principia á usar con el ejemplo de los antiguos historiadores, de arengas y discursos que aquellos suponian en boca de sus principales personajes en ocasiones importantes; recurso histórico y adorno literario que los modernos en su mayor parte desechan; pero que aun siguieron adoptando los buenos imitadores de la antigüedad, como Hurtado de Mendoza, el padre Mariana, y otros distinguidos españoles.

No es aquí ocasion de discutir este punto; pero creemos poder probar, si necesario fuese, que la manera con que el Sr. de Castro introduce sus arengas salva todos los inconvenientes que sus opositores han señalado, y que aun con su misma doctrina son aquellas aceptables.

Vaya pues este trozo, por muestra del talento descriptivo del historiador:

„El ejército de Táriq sale de sus fortificaciones, apenas llega á su noticia que el rey Rodrigo baja á Andalucía, y los dos contrarios se encuentran en las márgenes del Guadalete.

„Todos los escritores árabes convienen en que la batalla fué sobre el mismo rio y en los términos de Jerez (1) pero no hay uno ni

(1) En el Diccionario de Madoz se dice que en Montellano hay tradicion de que en la dehesa llamada de los Caballeros, fué la batalla del Guadalete, rio inmediato; pero eso, como se probará, es un error evidente.

entre los nuestros que puntualice claramente el sitio. Unos dicen que fué entre Jerez y Asido: otros como el autor de la *Crónica general* que los godos ocupaban una orilla del rio y los árabes la otra. Pero bastan á resolver esta cuestion satisfactoriamente algun conocimiento del terreno y un ligero raciocinio. Voy, pues, á manifestar mi sentir con la brevedad que me sea posible. Rodrigo, descendiendo desde Toledo con tan poderosa hueste, de seguro no se apartó de la antigua calzada romana, por la comodidad de su ejército, facilidad para el tránsito y conveniencia de aprovecharse de la gente y de los víveres que habria en ciudades tan ricas y populosas como Córdoba y Sevilla. Al ir hacía los sitios que ocupaban los invasores, que eran Gibraltar y su campo, claramente se infiere que no habia de dirigirse por Montellano y otras sierras con un ejército cuya fuerza mayor consistia en tropas de á caballo. Rodrigo tomaria el mismo camino real por Utrera y Lebrija hacía Jerez, que fué lo mismo que para recuperar las Algeciras hizo con su ejército don Alonso XI.

„Táriq, por su parte, que no habia querido ó podido debilitar su ejército en la reduccion de las ciudades de nuestra provincia, al adelantarse al encuentro de Rodrigo, tampoco es creible que fuese á buscarlo con sus doce mil hombres por terrenos montuosos, ni que se internase por lugares difíciles y desconocidos en tierra enemiga y mal explorada, donde con facilidad se hubiera puesto en peligro de perder alguna gente. Táriq haria lo que todo invasor en sus entradas: llevar su gente por los caminos reales hasta presentar la batalla al enemigo que salga á impedir el paso. La extension de los llanos de Caulina, tan inmediatos á la antigua via romana y al camino real moderno, y próximos al Guadalete, lugar el mas á propósito para una batalla, y batalla en que combatió mucha caballería, desde luego con las observaciones que he presentado ofrece al historiador motivos para la conjetura de que fué teatro de la sangrienta lucha que orijinó la pérdida de España, como en parte fué teatro de la accion, no menos terrible, en que César venció á los hijos de Pompeyo.

„En dos arroyos se conservan nombres, en mi entender alusivos á la batalla del Guadalete. Uno en el arroyo *Fontetar*, corrupcion indudable de *Fonte Táriq* ó la *fuenta de Táriq*, del mismo modo que de *Gebal-Tariq* se dijo Gibraltar. Aquí, pues, está consignado el nombre del caudillo de la expedicion. El otro es el arroyo *Musas*, donde aun dura, ligeramente corrompido por el vulgo el nombre de *Músa ben Nossayr*, lugarteniente del Califa y



por tanto el gafe-del ejército, si bien no se hallaba presente. Esto prueba que por este sitio debió colocarse el campamento de los árabes. No están ambos arroyos muy distantes de Arcos ni del Guadalete: sabido es también que los llanos de Caulina se encuentran entre Arcos y Jerez.

«Imposible parecería que del sitio de un hecho tan notable no se hubiese conservado la memoria por nombres que de generación en generación el vulgo repitiera aun sin saber lo que decía. Recuerdo hasta cierto punto lo que escribí al tratar de la batalla de Munda. De sucesos tan trascendentales para la historia de una nación ó se mantiene vivo el recuerdo en inscripciones, ó en los nombres de los sitios donde han ocurrido. En los arroyos *Fontetar* y *Musas*, encuentra el investigador diligente de estas memorias las pruebas bastantes á designar los lugares de la victoria de Táriq, el caudillo enviado de Músa. (1)

«Apenas se avistan los dos ejércitos, sordo clamor atruena el campo: sigue á su estremo el alterado son de las trompetas que convocan por una y otra parte las huestes á la pelea: agitanse los caballos, sacuden las cabezas y con los relinchos parecen como que presienten el combate, y en su inquietud, su anhelo de conducir á los ginetes á la victoria. Ya en ambos campos los guerreros se aprestan á trocar sus vidas por las de los enemigos: á herir sin compasión, á tener confianza en la victoria. Los árabes, fortalecidos con sus recuerdos de triunfos tan recientes, no abrigan en sus denodados pechos temor alguno, porque nunca habían temido: los godos, en fé de las memorias de las hazañas de sus progenitores, creían que el antiguo valor de los suyos había con ellos nacido igualmente; mas debía imponerles en algun tanto la fama del enemigo que delante de sí tenían, enemigo acostumbrado á poner en huida, y á herir en ella, y desconocedor del modo de huir y de salvarse de las iras de un contrario victorioso.

«La impaciencia domina los ánimos de todos: todos anhelan apresurar el combate, y que se decida la muerte ó la conservacion de la vida de cada uno. Ya me parece ver á Tá-

riq dirigiendo á los suyos un razonamiento parecido á este:

«—¡O Muslimes! ¿veis ese poderoso ejército bajo cuyos pies tiembla la tierra y que hace resonar los aires con el crujido de las armas, con el estruendo de las trompas y atambores, y con los alaridos con que se anima á la pelea? ¿veis cuan mayor es el número al de nosotros? Pues bien, volved los ojos á la otra parte. ¿Qué mirais? Un mar que nos negará campo abierto á la huida, si con un infeliz revés nos maltratare el rigor de la fortuna: en esta parte no esperemos amparo ni abrigo, sino la muerte; y si solo fuere la muerte, acostumbrados estais á esperarla con pié firme y sereno rostro; pero con ella nos espera la infamia. Volved los ojos á la otra parte. Si morirís á manos de ese ejército, será con honor y con gloria. Si lo desbaratais, esas tierras y cuantas riquezas halleis en ellas serán de vosotros. Dios y nuestro arrojo pueden salvarnos solamente. En uno y en otro tengo mi confianza. Acordaos de las pasadas victorias con que honrasteis á nuestra patria y á vuestro nombre. No con torpe é inconsiderado miedo dasvanezcais lo que tanta fatiga ha costado, y no deis ocasion á que duden los enemigos si fuimos aquellos musulimes famosos por su singular esfuerzo y constancia en las lides y á quienes tanta orgullosa nación ha inclinado la cerviz para sufrir las cadenas que le imponíamos.—

«Rodrigo por su parte, ceñido el yelmo, y sobre el yelmo la reluciente corona, en carro de marfil, y con la lanza en la siniestra mano, exhorta á sus caudillos con temblorosa voz por medio de razones semejantes á estas:

«—Descendientes de los que aniquilaron el poderío romano, godos ilustres, esos hombres que veis son los que los traidores lanzan contra nosotros para baldon de la patria. Nuestra superioridad es innegable: volved la vista, y contemplad el reducido número de gentes que se proponen contrastarnos: menor es aun de lo que á nuestros ojos se ofrece. Donde la traición milita, la incertidumbre se enseñoorea en la hora del combate. El temor de la venganza de los ofendidos aterrará sus corazonas, y, en vez de auxiliares, tendrán los enemigos dentro de su hueste los que han de desordenarlas, espantados del ímpetu de nuestras iras. Nada importa que esos árabes vengan vencedores de romanos degenerados y de vándalos: de vándalos y romanos que también nuestros padres estaban acostumbrados á vencer. Sus ánimos no están aguerridos por las continuas luchas; porque no se forman aguerridas huestes en luchas con bárbaros africanos,

(1) Hay un pasaje del Guadalete entre Jerez y Puerto Real llamado la *Barca de Florinda*. Ignoro el tiempo en que se le impuso. Sea como quiera, no puede significar que en aquel sitio ocurrió la batalla. Sabido es que con razon se tiene por novela arábiga la violencia que á la hija del conde D. Julian hizo el rey Rodrigo, de la cual se originó la pérdida de España, conseja semejante á la de Lucrecia. Táriq pudo ir ó por el camino real del Puerto de Sta. Maria ó por el de Medina á Arcos. Esto último parece lo mas probable.



tigres en la alevosía, asombradizas liebres en el combate. A esos, cansados en tan baja guerra, y no á otros, espera nuestro valor íntegro, puro, cual generosa herencia de los que hollaron la ciudad reina del mundo con su planta vencedora. Démos con la señal de acometer la señal de su huida: los que resistan dejarán su sangre para abono de nuestros campos, y conquistarán solo la honra de tener sus sepulcros en nuestra tierra. Yo desde mi carro os anunciaré la victoria con la cabeza de su feroz caudillo clavada en la punta de mi lanza, y á la señal de la victoria responded con el exterminio.—

«Acometiéronse los dos ejércitos con furor enemigo: pero todo un día mantúvose dudosa la victoria. Mucha resistencia oponía la muchedumbre de los godos: mayor el concertado esfuerzo de los árabes. La noche con sus sombras separó á los contrarios é hizo suspender la fatiga, el estrago y los horrores. Salido el sol nuevamente, nuevamente tornaron á lidiar ambos ejércitos; pero con la misma fortuna. Los auxiliares de los árabes, aun mas exasperados y enemigos de los godos que los mismos invasores, exhortaban con atrevidas voces á Táriq á la resolución de la batalla por medio de aquel arrojo que le habia salvado en las empresas mas arriesgadas.

«Al tercero día de la espantosa refriega cree ver Táriq que en los suyos iba cayendo el valor: duda aun; pero pronto la evidencia ó lo aterroriza ó lo llena de indignacion. Al punto corre al lugar donde mas flaqueza se oponía al enemigo, los anima con su presencia, manda allegar á sí algunos fugitivos y alzándose en los estribos y dando á su caballo aliento, prorrumpe en razones parecidas á estas:

«—Esforzados musulmes: siempre vencedores y jamás vencidos ¿qué ciego terror os impele á dejar el campo, la victoria y el honor por el godo enemigo? ¿dónde está vuestro arrojo, dónde vuestras pasadas glorias, dónde la constancia? Seguidme pues: el valor con que pelea ese ejército no es el valor de la confianza sino el de la desesperacion, desesperacion que quedará desvanecida, apenas tornen á ver nuestros tostados semblantes, nuestra ira y nuestros hierros, cerca de sus personas, junto á sus mismos corazones. Vuestra vacilacion instantánea nos ha deshonrado para siempre, si viven por mas tiempo los que la han presenciado. No hay mas medios: ó vivir con esa ignominia, ó perecer para escondernos de rubor en los senos de la tierra, ó redimir nuestro oprobio arrancándoles la existencia. Sean, pues, todos míseros trofeos de una gloriosa venganza.—

«Y dando riendas á su feroz caballo, se entró Táriq en el ejército godo atropellando é hiriendo á cuantos intentaban vanamente cerrarle el paso. Embistieron con igual ánimo los árabes á los que casi tenían ya por suya la victoria. Peleaban unos con otros pié con pié; mas que con el valor con agitada furia herian y mataban con sus lanzas y espadas, y á falta de espadas y lanzas con los golpes de los escudos y pavese. Los de á caballo entraban y salían por los escuadrones con ímpetu horrible; y aunque muchos de sus caballos eran heridos, no por eso dejaban de sustentarse sobre ellos, animándolos con sus voces, con el movimiento de sus cuerpos, y con el herir de las espuelas. Montábanse los musulmes, así los de á pié como los ginetes derribados, en los caballos de los enemigos que habian muerto á impulsos de las lanzas, dardos y flechas. Cuanto mas enardecido estaba el combate, con doblado esfuerzo acometían los peones, que aunque levemente heridos, no se paraban á atajar la sangre, como si su pérdida no los desfalleciese, pues la resistencia de los enemigos no consentía otra cosa que la ajena ó la propia muerte.

«Cuentan los escritores árabes que Táriq en su tremenda y postrimer acometida al campo godo, logró penetrar hasta el punto en que el rey Rodrigo dirigía la batalla desde su carro bélico. Lanzóse Táriq sobre el monarca y le pasó de una lanzada el pecho.

«Derribado Rodrigo, su cabeza fué separada del cuerpo para remitirla á Músa como testimonio de la importancia de la victoria.

«Unos autores españoles dicen que Rodrigo, lleno de pavor al ver el estrago que en los suyos hacían los enemigos, y que muchos de su hueste se pasaban por medio de una traicion á los contrarios, abandonó las régias vestiduras á orillas del Guadalete, y huyó á esconder su vergüenza y desolacion en una gruta, donde hasta el fin de sus dias, vivió llorando sus errores y su desventura.

«Otros aseguran que precipitado por su mismo terror, quiso atravesar el rio sobre su caballo Orelia; pero que arrastrado por la corriente, fué mas tarde sumergido. Si esta opinion fuese verdadera ¿quién sabe si mientras el manto real flotaba sobre el rio, arrebatában el cadáver las veloces ondas, llevándolo á las alteradas del mar? ¿quién sabe si conducido en ellas el mismo cadáver del rey vencido llevaba las nuevas de la victoria á las desiertas playas del Africa? ¿quién sabe si los buitres africanos, disputándose entre sí la presa de su cuerpo, arrancaban de sus entrañas, convertido en hiel, el jugo de los manjares régios, en



tanto que los caudillos árabes, se apresuraban á coger los pedazos de la corona de España, rota al caer de las sienas de Rodrigo?

«Con la muerte del rey, muchos y muy principales caballeros godos, comenzaron á retraerse del lugar de la batalla. Los musulimes de á caballo siguiéronles el alcance. Con la ganada victoria apenas sentían el dolor de las heridas: la hambre, la sed y el cansancio apenas los fatigaban. El regocijo del triunfo era superior á los trabajos experimentados en tres días de una indecisa cuanto espantosa lucha.

«Huían los de á pié, y atropellados por la caballería enemiga, se arrojaban con la desesperación en las rápidas corrientes del Guadalete, teñidas con la sangre de los mismos godos (1).

«Así los alentados vencedores hicieron fiera mortandad en los que abandonaban el campo, pereciendo en la huida muchos mas de los que habían quedado en el combate; y hubiera sido mayor si no se hubieran detenido á la segura presa que ofrecía á su codicia el campamento enemigo ya desierto. Allí en las tiendas, en los carros, en las provisiones, en los vestidos, en las alhajas de valor, en los ricos aderezos de caballos cobraban la recompensa de sus riesgos y heridas, teniendo por bastante el mas pequeño despojo de los contrarios en trueque del trabajo de haber tenido que vencerlos.

«Tárik, usando generosamente de la victoria ó por sagacidad ó por espontáneo deseo dió á todos los prisioneros libertad sin rescate, no bien la lucha era fenecida.

«Silencio aterrador sucede al estruendo de la ardiente pelea: soledad por toda la estension de la llanura donde impera la muerte. Los vencedores habían llevado consigo sus heridos: los de los godos quedaron entre los cadáveres, sin auxilio de los suyos, sin el consuelo de la esperanza. Tal vez alguno devorado por la abrasadora fiebre, humedecía sus fauces, en vez de agua, en la sangre de alguno de los enemigos, satisfaciendo malamente el deseo, pero no el de una inútil venganza en medio de sus dolores: tal vez otro con la vehemencia de sus tormentos tocaba frenéticamente el cadáver que junto á sí tenía como pidiéndole socorro; mas al tocarlo, sus manos tropezaban con una de las heridas, y sospechando que era el cuerpo de un enemigo, la

rasgaba con desesperada ferocidad, consolándose así en su inevitable agonía.

«Habiendo dejado Tárik aquel doloroso espectáculo de miseria y terror, tomó el camino de Córdoba, sin emprender la toma de Sevilla, lo mismo exactamente que hizo Julio César, luego que quedó por suya la victoria en los llanos de Caulina y puntos inmediatos.»

Siendo parte Tarifa de esta provincia, su Historia hace suya la narración de uno de los mas sublimes hechos con que se honra España, fecunda siempre en héroes. Ya se adivina que hablamos de la defensa de aquella importante plaza, cuyo gobernador D. Alonso Perez de Guzman el Bueno, no vaciló en sacrificar á su inocente tierno hijo en aras de su fidelidad á la patria y al rey. Véase como el Sr. de Castro mas que refiere pinta el heroico tesón del guerrero, contrapuesto al entrañable cariño del padre. Con placer singularísimo damos aquí lugar á algunos párrafos en que describe esta lucha del alma entre tan poderosos sentimientos:

«Don Sancho regresó con su ejército á Sevilla, ya herido de la dolencia que le ocasionó la muerte, dolencia adquirida en los trabajos de los combates que tuvo que sustentar con los moros en el espacio de tanto tiempo por la posesión de Tarifa.

«Cumplido el año de su empeño, hubo de dejar el Maestre de Calatrava el cuidado de la villa, recibéndola por el rey don Alonso Perez de Guzman. Aben Jacob, deseoso de tomar venganza en este caballero por haber abandonado su servicio y por haber sido uno de los que mas contribuyeron á arrebatárle á Tarifa, puso á las órdenes del infante don Juan, enemigo ya declarado del rey don Sancho, un ejército de cinco mil ginetes para recuperar aquella fortaleza.

«Asentado el cerco, y opuesta una perseverante resistencia, ofreció don Juan al generoso alcaide cuantiosos tesoros en nombre del emir de Marruecos si entregaba á Tarifa. Mas el ilustre Guzman despreció sus ofertas con cuanta indignación cupo en su pecho; las despreció como estaba á toda hora en la defensa despreciando los peligros. Luego tornó á dirigirle otra propuesta, la de que se obligaba á levantar el cerco de la villa, siempre que Guzman partiese con él los tesoros que en ella guardaba. Todo fué sin efecto: la entereza del alcaide no podía rendirse por este medio. Entonces el infante, abusando indignamente de la confianza que un tiempo había depositado en él Guzman, determinó amenazarlo con la

(1) Almakkari, version de Gayangos. Conde.—Historia de la dominación de los árabes. Cassiri. Biblioteca.—Gayangos, Memoria sobre la autenticidad de la crónica del moro Rasis.—Además se han tenido presentes á Gibbon, al mismo Conde en sus notas á Xerif Aledris, y otros autores no menos notables.



vida de su primogénito don Pedro Alonso, inocente niño que había recibido un tiempo para llevar al reino lusitano, y á quien quiso poner de por medio entre el homenaje que Guzman había hecho al rey, y entre su corazón de padre.

«En el instante de sentarse á la mesa Guzman para comer en compañía de su esposa doña María Alonso Coronel, una llamada del campo enemigo le hizo abandonar por un momento su palacio. Acude al adarve y el infante se pone cerca de los muros, llevando consigo sujeto de pies y manos como preparado al sacrificio, el tierno niño, que tal vez en este día no conociendo su mal jugaba con las armas del mismo soldado que había de herirlo, y se reía con el mismo príncipe que estaba sediento de su sangre. Creyó don Juan que á la vista del hijo el valeroso alcaide arrojaría de las manos las armas: que, herido del amor paternal, le sería imposible perseverar en la defensa. Intima al padre la rendición de Tarifa, ó la inmediata muerte de don Pedro. Hondo terror hiela los ánimos de los soldados que coronaban las almenas. Apenas podían sostenerse aquellos denodados guerreros: apoyábanse en las lanzas ó en los muros: sus rostros estaban descoloridos cual si acabaran de salir de la tumba.

«Mas decía en tan tenebrosa é infeliz hora, la seguridad en el semblante de Guzman, que en su enemigo las amenazas.

«—En vano te fatigas, dijo al infante, para que olvide la lealtad que debo á mi rey: antes, no solo ese hijo, sino mil que tuviera, todos dejaría entregar á la muerte. Y para que veas cuanto prefiero mi honra y mi deber á su vida, toma mi propio cuchillo.—Iban á hablar algunos soldados; mas calladamente los reprendió y contuvo Guzman con la terrible austeridad de su mirada.

«Apártase del muro, deja á los soldados llenos de confusion, de asombro y reverencia, torna á su palacio y se sienta á la mesa con aspecto sereno, quizá para encubrir á su esposa el riesgo que amenazaba al hijo. No bien oyó estas palabras el infante, tanto se encendió su maldad, tanto su saña contra el denuedo del alcaide, que al punto ordenó la muerte de don Pedro á vista de los mismos soldados que custodiaban los muros. En vano invoca el niño con gemidos y lágrimas la piedad, que no tenía el perverso príncipe. Dá un solo grito, que era mas que grito, el último de sus ruegos; y el cuchillo de su mismo padre corta en su garganta sus gemidos. El destemplado compás de los atambores y añafles atruenan la campaña donde queda tendido el niño infeliz ante

la puertas de Tarifa. Los alaridos y las piadosas exclamaciones de un pueblo entero, responden á los acentos bárbaros con que solemnizaban los moros la espantosa tragedia. Parecía que los gritos subían hasta las nubes y penetraban hasta los cielos clamando venganza.

«Guzman ya había visto morir á su hijo con los ojos del alma: el golpe del cuchillo había resonado en su corazón en el instante de la herida. Levantóse maquinalmente de la mesa, y cual si hubiera salido de un letargo apenas reconocía á los que miraba. Al fin se atreve á preguntar la causa del estruendo, tal vez deseoso de que su corazón se hubiese equivocado. Mas al saber que era verdad lo que le fatigaba el alma, solo dió por respuesta á los que le anunciaron su desdicha: *Pensé que en Tarifa habían entrado los enemigos.*

«La nueva de la muerte no podía sorprender ni aterrar á Guzman; Guzman desde el momento que vió centellear la ira en los ojos del traidor infante, había comenzado á ver morir á su hijo. Al punto que se escuchan por el palacio los acentos del pueblo, un grito de terror sale de los labios de la matrona ilustre que había abrigado en su seno al infeliz D. Pedro, cual si la cabeza del hijo hubiera caído en su regazo, cual si el golpe impetuoso de la sangre hubiera herido su rostro, la postrera prueba del dolor de una madre. Guzman enfrena las lágrimas que no lloró al saber la muerte del hijo, y que apenas podía contener viendo las de su esposa, su esposa desolada sin color en el rostro, los ojos mortales, los brazos caídos en el asiento donde yacía rendida, con la cabeza inclinada á una parte, como ajena de todo consuelo.

«Tal vez Guzman, durante las horas de la temerosa noche, que sucede á tan amargo día, dormido en sobresaltado sueño, derrama contra su voluntad una lágrima, que se hiela en su semblante, viendo la imagen ensangrentada de su hijo: tal vez las lejanas voces de los centinelas que en la callada noche se daban mutuas señales de vigilancia por el campamento enemigo, parecían á los dos esposos los acentos de dolor que desde la eternidad lanzaba don Pedro.

«Tornó el día, y la realidad de su muerte puesta en duda por el deseo en medio del sueño, aparece mas espantosa. Apenas dejaron al niño desangrado y palpitante en el suelo los que quizá con cobarde y forzada obediencia fueron ministros de las iras de don Juan, permitió este, mas como muestra de su enardecida fiereza que como respeto y compasión á un padre infeliz, que algunos soldados de Tarifa recojiesen el cadáver del hijo y com-



pañero de la fama de Guzman. Probablemente, si por un momento pudo Guzman quedar libre de las lágrimas y consuelos que lo rodeaban, levantaria con su mano izquierda la sábana donde estaba envuelto el que fué la delicia de su corazón, la esperanza de su linaje, el bien de toda su vida, en tanto que con su diestra temblorosa estrechaba las heladas manos de su hijo, heladas pero que muy poco se distinguían de las del padre. Tal vez exclamaria "hijo mío", con débil aliento cual si la voz espirase en sus labios; tal vez besando los del niño sepultaba en ellos suspiros que apenas habían salido espesados de su boca, de temor de que pudieran ser oídos. No pasó mucho tiempo sin que las traidoras lanzas de los ginetes africanos dejaran de resplandecer en torno de Tarifa, huyendo con doble afrenta y con eterna ignominia el infante don Juan, traidor dos veces. Socorros de mar y tierra acuden enviados por el rey don Sancho. Despues de seis meses de tan triste asedio libre quedó Tarifa. Guzman que desde el trágico fin de su hijo, solo abrigada dos pasiones, la de la ira y la tristeza, al ver los auxilios que por salvar la fortaleza acudían de todas partes, derramó lágrimas de placer: lágrimas que podían ser interpretadas de gozo y serlo realmente, pero tambien porque ya sin mengua de su entereza podía encubrir con este nombre el llanto de su desconsuelo.

"Descercada Tarifa por la flota de don Sancho á las órdenes de don Juan Mathe y Fernan Perez Maymón este su canciller y aquel su camarero, Guzman partió con su esposa á ver al rey que estaba en Castilla afligido de una mortal dolencia. La desconsolada matrona derramaria de sus ojos lágrimas de sangre contemplando por la postrera vez los campos donde la de su hijo fué vertida y los altos cerros inmediatos que se iban alejando y desapareciendo de su vista sin que desapareciesen ni se alejasen aquellas lágrimas que jamás se le enjugaron.

"Antes de pasar á avistarse con el monarca, este habia escrito á don Alonso Perez comparando su hecho con el sacrificio, que por servir á Dios, Abrahan se determinó á ejecutar en la persona de su unigénito, comparacion que los mas esclarecidos poetas españoles han repetido al cantar las hazañas de este héroe. Al propio tiempo confirmaba en él el renombre de *Bueno* con que por su linaje era conocido, así como por su ánimo generoso."

Con un trozo mas de distinto género, pondremos fin á nuestra tarea de hacer conocer las altas cualidades de la Historia de Cádiz.

MARZO.

Será el que se refiere á la muerte mandada dar á la infortunada reina Doña Blanca de Borbon, por su cruel esposo D. Pedro I de Castilla. Dice así la tierna y dolorosa narracion:

"Casó el rey con doña Blanca de Borbon en Valladolid el 3 de Junio de 1353; pero al siguiente dia, no bien dejó el lecho de su esposa, corrió á Montalvan en busca de su manceba doña María de Padilla. Tan preso habia quedado en su belleza como aquel que lo está de un frenesí que le ocupa todos los sentidos. Así abandonó á doña Blanca, joven no menos llena de valor que de hermosura, desdichada reina á quien cupo tan triste suerte y á quien fuera mejor no haberlo sido. ¿Qué pudo ignorar del amor, mas que saber, aquella á quien el dia anterior le temblaba el corazón de la misma felicidad por el bien que esperaba al ser coronada reina, y que al siguiente de la infausta boda ya gemia cercada de penas?

"Por instancias de su madre y de vasallos fieles tornó el rey mas adelante á unirse con su esposa. Allí se dieron las manos estrechándose al parecer los corazones, y adivinándose los afectos, mudos los labios y fijos uno en otro los ojos. Dentro de dos dias despertóse nuevamente el odio en don Pedro. Ella ante el mirar airado de su esposo, cobró tan grande espanto que derribada en su presencia, y mudado el color, cayó sobre el regazo de una de sus damas, como muerta, casi sin aliento. Vuelta en sí, puso por testigos de su amor y su desdicha las lágrimas que anegaban sus ojos, habló con la vehemencia del desconsuelo la que el dia antes recataba insensiblemente su respiracion por no impedir ni aun por un instante su felicidad; rogó con gemidos y con toda la elocuencia que tienen los desdichados; pero nada movió á compasion al rey, ni aquella juventud apenas comenzada, ni aquellas mejillas hermosas con el carmin del dolor y la vergüenza. Con violencia suya al principio, y despues con espanto, se apoderaron de doña Blanca los ministros del rey y la trasladaron á la fortaleza de Arévalo, sin que en el camino le sacasen una queja ó un gemido á su mudo sufrimiento. En vano el obispo de Segovia don Pedro Gomez Gudiel, procuró persuadir al rey para que restituyese á su alcázar á doña Blanca. Reo del delito de defender los fueros de la justicia y de la belleza ultrajada, tuvo que refugiarse en Portugal, huyendo de la cólera feroz de don Pedro. Sabido es que los obispos de Avila y Salamanca ó instigados por el miedo ó por la ambicion declararon inválido el matrimonio del rey con



doña Blanca y que este contrajo matrimonio con doña Juana de Castro, para gozar de él solo una noche.

«En 1359 fué traída doña Blanca al alcázar de la ciudad de Jerez, y poco despues llevada al castillo de Medina Sidonia, siendo su guarda mayor Iñigo Ortiz de las Cuevas. No tenía la infeliz con quien desahogar su corazón sin peligro, ni con quien llorar sin miedo. El sueño no era la paz de sus sentidos: constantemente veía preparado el cadalso, el verdugo á las puertas de su prision, haciendo los lazos para atarle las manos y esperando ser llamado para la ejecucion; cualquier voz que escuchaba le parecia la del pregonero que anunciaba su fin, cualquier ruido era una amenaza del golpe del cuchillo que iba á herirla.

«Comunmente no hay tristeza sin alegría, porque siempre vienen juntas las lágrimas y el consuelo; mas la desdichada reina, no hallaba una voz que respondiese á sus sollozos, ni á sus mas sentidas que pronunciadas quejas.

«Refieren varios historiadores, algunos con circunstancias maravillosas, que cazando el rey don Pedro en las comarcas de Jerez y Sierra de Medina Sidonia, (1) un hombre que en el vestido parecia pastor le dijo, tomando el nombre de Dios, que volviese á vivir con su esposa, que en ella tendria hijo que heredase el reino, y que de lo contrario esperase el castigo del cielo. Mandó el rey averiguar si era emisario de doña Blanca, y aunque el hombre estuvo preso, al fin fué restituido á su libertad por no hallarse culpa en él, sino celo por el bien del estado.

«Don Pedro cansado de tener en prisiones á doña Blanca, y ofendido de que en los tumultos y conturbaciones de su reino, muchos admiradores de la inocencia de su esposa invocasen su nombre, grato al pueblo por la compasion de su juventud desdichada, determinó su muerte. Mandó la ejecucion de ella á su guarda mayor Iñigo Ortiz de las Cuevas. Leyó este caballero la orden, pero el llanto le borraba en los ojos las letras y le torcia las líneas, dejando húmedo el pergamino con mas lágrimas que tinta. La piedad fué el primer sentimiento que se apoderó de su alma. Mas tarde consideró el hecho que se le mandaba por el rey, y herido mortalmente en lo mas vivo del hombre, en su honor, no quiso infamar el blason de su linaje con accion tan inicua, y se negó no solo á ejecutarla, sino tambien á consentirla en tanto que la reina estuviera bajo la custodia de su lealtad.

«Mal sufrido don Pedro con esta contradiccion inesperada, dispuso que Ortiz de las Cuevas entregase la persona de doña Blanca á Juan Perez de Rebolledo, uno de los cuarenta ballesteros hijosdalgo que el rey pagaba para la guarda de Jerez y alcaide en su alcázar. Desde este momento quedó la víctima atada para el servicio y reducida al mas infeliz de todos los extremos á que puede llevar á la inocencia la tiranía. El verdugo ya era solamente el que podia dilatarle la vida. Hasta entonces doña Blanca no habia hallado sino estraños hácia cualquiera parte que volvía los ojos; pero ya desde este instante no sabia hácia dónde volverlos, porque parece que presentia que su nuevo guarda mayor era su verdugo. Así mil veces cerraba los ojos por no verlo como objeto indigno de su vista.

«Teniendo presente á Dios en los ojos de su alma, y vertiendo lágrimas de los de su cuerpo, continuamente oraba en silencio. Otras veces fijaba los ojos y despues los labios en un crucifijo.

«El alevoso matador al fin se determinó á ejecutar con un tósigo el deseo y el mandato de su rey. La postrer mirada que ella le dirigió fué una profecía, clavando en él la vista con igual ternura que perspicacia.

«La infeliz consumida por el dolor de ocho años de vejaciones, descubria de tal modo sus huesos que casi pudieran ser contados uno á uno con el dedo. Tan quebrantada estaba su existencia que apenas se debería llamar homicida el que se la arrebatase.

«Pronto en la ponzoña bebe la postrera de sus amarguras: su cabeza se altera, se desvanece y llena de dolor: túrbase su corazón: el pulso acelera su movimiento: pierde el color del rostro y muda muchos en cada instante: vierte lágrimas, se estremecen sus huesos: las manos una con otra enreda y tuerce: tiembla todo el cuerpo como débil hoja: apenas pueden sus pies sustentar su peso: dan unas con otras las rodillas: ya anda, ya se detiene, ya se arroja en el lecho, ya se levanta con un dolor tan terrible que quisiera morder las mismas paredes de la prision: las entrañas se le rompen: el vientre parece que se desgarrar y aquella boca que al abrir los labios parecia como que el amor abria las puertas de la felicidad, ya denegrida, ya cubierta de espuma es la imagen del horror mismo. Torna á caer en el lecho, y allí en vano pide favor y ayuda. ¡Triste de doña Blanca que ni aun en la hora de su suplicio tiene quien la socorra con el débil auxilio del consuelo! Va perdiendo las fuerzas, va perdiendo la vida y con la vida la esperanza de vivir. Sustituye con las accio-

(1) Creo que esto seria en la sierra de Jerez, no muy distante de la laguna llamada de Medina Sidonia.



nes y las lágrimas la espresion embarazosa de su lengua con que se quejaba y hiere el pecho con mano flaca pero con ímpetu doloroso; y en esta actitud penitente lanza el postrimer suspiro entre gemidos roncós. Recibió sepultura su cadáver en una capilla del convento de San Francisco de Jerez.

„Poetas, cuando mas de un siglo y medio despues de los sucesos, recibiendo la inspiracion de su voluntad y genealogistas, cuidadosos de ennoblecer casas ilustres con orígenes reales, acusan á doña Blanca de haber tenido amores con don Fadrique, hermano del rey llegando hasta el incesto. Garibay y otros autores niegan que don Fadrique acompañase desde Francia á la reina; pero aunque el hecho hubiese sido cierto, no se sigue de aquí que uno y otro cometiesen el crimen que se les imputa. Don Fadrique fué matado de orden del rey en 1358, y doña Blanca en 1361. Si se considera la muerte del primero como castigo al adulterio, ¿cómo la adúltera no lo recibió al mismo tiempo cuando tan viva era la cólera en el rey que ni aun á su propio hermano perdonaba? ¿Cómo anduvo de fortaleza en fortaleza mas de tres años despues de la muerte de don Fadrique? Esta observacion aleja toda sospecha contra doña Blanca y hace creer que otras fueron las causas, si bien el rey para justificar su delito esparciria la voz del adulterio. La vindicacion de doña Blanca está en el carácter de un esposo que para la hora de la boda se aparta de los brazos de la manceba, y que al dejar por vez primera el lecho conyugal corre desalado en busca del objeto de sus antiguos amores para cubrir su rostro con ósculos de baldon y para lisonjearla con el abandono de la que acababa de coronar reina.

„Así Neron repudió á la infeliz Octavia por la impúdica Sabina Popea: así aquella jóven de veinte años anduvo en cárceles asistida solo de centuriones y soldados: así pereció acusada indignamente de adulterio cuando su esposo se cansó de que gozase de la vida aun en perenne y miserable destierro.”

Hemos procurado trasladar aquí trozos de géneros muy distintos á fin de que ellos den á nuestros lectores un conocimiento, siquiera sea imperfecto, de esta obra que, como digimos en nuestra anterior nota, honrará á Cádiz en uno de sus mas distinguidos hijos.

Está Historia será probablemente mas estensa de lo que al principio se creyó. Tanto mejor. Lo bueno nunca pierde por mucho, y el mérito de lo ya publicado es sobrada garantía del de lo que falta aun por publicar.

Al hablar así creemos firmemente que no nos engañan nuestros deseos ni nos deslumbró la buena y estrechísima amistad que nos une al Sr. D. Adolfo de Castro. La España ha tiempo que ha hecho justicia á sus talentos como escritor.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## SOÑAR ES VIVIR.

Era la hora de los amores.

El sol empezaba á reclinarse suavemente sobre las leves ondas del Océano, entre las misteriosas armonías del universo y los blancos celajes del espacio, como voluptuosa sultana entre los dulcísimos ecos de sus jardines y los suaves perfumes de su serrallo.

El silencio era religioso.

El espectáculo sublime.

Allá, á lo lejos, donde las ondas del mar se arrastran sobre la arena con blando arrullo, como si temiesen emponzoñar con su contacto las campestres flores que en ignorados vergeles se elevan; allá, donde la naturaleza lozana como el primer día en que Dios la creó, embriaga con sus perfumes, puros como la plegaria de una vírgen; allá, donde nada turba el silencio de la vida, mas que el tierno y melancólico ruiseñor que entona en solitario albergue cuitas de amores; allá donde los cristalinos arroyuelos que se deslizan por la falda de una colina entre alfombras de flores, parecen las dulces lágrimas de una mujer en la primer alborada de su amor; allá, en fin, donde Dios no permitió que mirada alguna profanase el santuario de la felicidad, el sol, próximo á desaparecer, tendia sus postreros rayos trémulos y melancólicos, como si en ellos fuese envuelto un beso de amor, un suspiro de despedida, ó una lágrima de inquietud.

Pero el tiempo batió sus alas: el Océano deslizó una onda hácia el horizonte como un postrer adiós: la brisa murmuró un amoroso gemido, y la naturaleza estasiada de admiracion, solo supo dar á los espacios ecos de misteriosa armonía.

Era que saludaban el postrer reflejo de luz.  
Era que el sol habia desaparecido.

Otro nuevo espectáculo brilló entonces en aquellas regiones.

El firmamento, envolviéndose en trasparente manto, empezó á coronarse de estrellas; de esas eternas luminarias, que en el silencio de la noche, cada uno de sus perdidos reflejos son un mundo de esperanzas para el triste aman-



te ó el estraviado marinero, que lloran en apartadas regiones, el uno la pérdida de su existencia; el otro la estincion de su felicidad.

El Océano, reflejando en su movible seno la inmensidad de los espacios, empezó á adormirse al dulce murmurio de sus olas: incansables vigías del tiempo y la eternidad.

El campo, sin sol para darle vida, y sin auras para cantarle amores, impregna el espacio de perfume, y cerrando los cálices de sus flores se entrega al reposo de la noche.

Los árboles, ofreciendo seguro albergue á las inocentes avecillas, apenas mueven sus verdes hojas, como temerosos de turbar el sueño de las que han buscado en ellos un ligero descanso á su continua peregrinacion.

La colina, envuelta entre misteriosas sombras, ha dejado dormir sobre su seno las fuentes y los arroyos; todo, en fin, ha callado, todo se ha extinguido para entregarse á esa apacible calma, á ese dulce reposo que ofrece la posesion de una jamás desvanecida felicidad.

Sin embargo, allá al pié de la colina deslízase una forma blanca, aérea, magestuosa, indefinible, cuyas nítidas alas parecen leves vapores de esos que brotan en los espacios como fugaces mensageros de la naciente aurora en una mañana de primavera. En sueltas crenchas caen sus cabellos sobre su espalda y turgente pecho, que envuelto entre los pliegues de largo y voluptuoso cendal imprime á sus delicadas formas la poesía de una aparicion; los encantos de una virtud.

Su paso es leve como el viento; su mirada dulcísima como la luna; su sonrisa embriagadora como un perfume; su conjunto angelical como la inocencia; no es sin embargo una mujer: es el ángel de la noche que acude á velar el sueño de los justos, y á cerrar los párpados de los que lloran perdidas ilusiones, ó extinguidos reflejos de esperanza.

El ángel, pues, atravesaba el campo sin marchitar las flores, cuando al penetrar en el bosque, suspiros de un mortal lo hicieron estremecer. Alijó su paso, y penetrando en una frondosa y magnífica enramada, vió sobre la blanda yerba y al pié de una añosa encina una mujer fresca como la alborada, hermosa como una ilusion, vaga como un suspiro, que entre gasas envuelta vertia lágrimas que las flores recibian en sus pétalos, como anticipado y amoroso rocío.

—Por qué lloras, mujer? la dijo el ángel estrechando entre las suyas una de sus blancas y torneadas manos.

—Por mis amores: la replicó, lanzándole una mirada de indefinible melancolía.

—Por tus amores, infeliz! ¡cómo se com-

prende que ignorais lo que valen las lágrimas cuando por fugaces impresiones las verteis juzgando calmar con ellas vuestras incomprensibles dolencias! Si sois débiles ante la omnipotencia de una pasion que se entroniza en vuestra alma, que invade vuestro espíritu, que enloquece vuestra mente, y sucumbís faltos de vida y aliento ante mezquinos y miserables obstáculos, que el paso de una luciérnaga puede allanar. Contempla ese Océano: jamás es mas grande, mas sublime el marinero, que cuando albergado en un esquife que el soplo de la brisa que no troncha una flor puede destrozar, lucha con las embravecidas olas, que ora lanzándolo á los espacios, ora sepultándolo en los abismos, sucumbe al fin, y acaricia con leves ondas al que toda su desencadenada furia no pudo avasallar, gracias á su perseverancia y firmeza. Lloras por amores? ¿Pues qué te queda para cuando desaparezcan los autores de tu existencia, aquellos que te amamantaron en la cuna, que te dieron el átomo de espíritu de que puedes disponer, para que un día fueses el apoyo de su vegez, el ángel que cerrase sus párpados al sonar en el reloj del tiempo el último momento de su permanencia en el mundo? No llores, pobre niña, no llores la pérdida de un sueño por tu bien desaparecido: pesares vendrán sobre tí sin que los busques, que extinguirán con su indeleble huella la aureola de tu inocencia y juventud: que borrarán de tu rostro el tinte de la felicidad, y que grabarán sobre tu frente el estigma del desengaño y los dolores. No llores, pobre niña, el amor no es mas que el fuego fatuo de un sepulcro: corre tras él, crees alcanzarlo y entonces huye de tus manos, dejándote por todo consuelo, oscuridad en la mente, amargura en el alma, desesperacion en la existencia.

—Es que me juzgo muy desdichada, murmuró la mujer. Yo vivía, aquí cerca de este santo retiro, sin que extraños deseos turbasen la dulce tranquilidad de mi corazón: jamás mirada alguna de hombre nacido habia hecho colorear mi rostro con el tinte del rubor: mi vida se deslizaba sin duelos ni congojas como los arroyos de esa colina: las flores, como yo solitarias, se entreabrian lánguidas y voluptuosas cuando tejia con ellas coronas para ornar mis sienes: las aves entonaban cada dia nuevas endechas, como si saludasen al tierno amigo de su infancia: el mar, cuando á él me acercaba, parecia reservar sus infinitos ecos para acariciar mi llegada: todo, en fin, todo con sus dichas, su calma, sus cantos, sus perfumes y sus armonías, parecia bendecir en mí al fiel compañero, al amoroso ami-



go, al constante guardian de todos sus encantos y alegrías.

Pero llegó un día: y penetrando en este encantador albergue cuyo frondoso follaje me ofrecía dulce sombra, y cuyo blando musgo me brindaba envidiable asiento, empecé á contemplar la puesta del sol, cuyo sublime espectáculo me embriagó los sentidos, hasta el extremo de sentirme desfallecer. Entonces, sin saber lo que me sucedía, mis párpados se cerraron progresivamente, mis brazos desfallecieron, mi cabeza se inclinó sobre el pecho como la pobre violeta cuando le falta sol y rocío, empezando á cruzar por delante de mí en confuso tropel extrañas sombras, imágenes desconocidas, que gritaban á mi oído: *amor! amor! amor!* Oh! Yo no sé lo que en aquel momento me sucedió: creí aquello una revelación, un nuevo mundo para mí de desconocidos encantos, una segunda vida de mas felicidad; y ébria, acongojada, doliente, tendí mis brazos hácia una de aquellas sombras, que dejándose prender en ellos, huyó cuando delirante iba á estrecharla en mi corazón imprimiendo un beso en mi mejilla y murmurando á mi oído: *amor! amor! amor!* Entonces lloré por vez primera.

Acababa de despertar. Era el momento en que vuestras dulces palabras volvían la paz á mi corazón.

Todo había sido un sueño.

—Entonces aun eres feliz. Sueña, pues, sueña: hija mía: esa es la felicidad de la vida: ya lo ves: solo has llorado cuando has abierto tus ojos á la desconsoladora realidad.

Sueña, sueña; que mientras las ilusiones ciernan sus alas sobre tu frente, no rodará de tus ojos una lágrima de amargura: no brotará de tus labios un quejido de dolor: no lanzará tu alma un grito de desesperación.

Duerme, hija mía, duerme: el sueño es la felicidad.

—Si, si, soñemos, murmuró la mujer! soñemos!

Y al caer de rodillas, el ángel batió sus alas y se estinguió entre las brumas de la mañana, mientras un rayo de purísima luz precursor de la aurora, se posaba como blanca aureola sobre la frente de la mujer inmaculada.

Poco despues, nada turbaba el silencio de aquellos sitios mas que los ecos de la naturaleza, que empezaba á saludar con cantos de alegría la aparición en Oriente del rey de la creación.

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

## LÁGRIMAS.

A EDUARDO GALLUZZO Y MARTINEZ.

### I.

Laura es jóven como tierno capullo abierto al blando soplo de perfumada brisa.

Laura es hermosa como la fantástica creación del poeta.

Laura es inocente como cándido niño que al morir la tarde murmura cristiana oración para cerrar tranquilo sus delicados párpados.

Laura tiene una madre á quien le refiere cariñosamente todas sus emociones.

Y sus placeres.

Y sus ensueños.

Laura entraba en la risueña adolescencia.

Pero conserva su corazón puro y sencillo como la sonrisa de un ángel.

Feliz Laura!

### II.

Al pié de una aromática enramada, deslízase cristalino arroyuelo, cuyas ondas van á confundirse con las revueltas espumas de atronadora cascada.

En las deliciosas márgenes de este pintoresco arroyo, crecen azucenas de pálidas hojas; lirios de blando perfume.

En este ameno lugar canta Laura sus tiernas alegrías, sus virginales aspiraciones.

Y al débil eco de su delicado acento entonan misteriosos himnos.

Y las flores entre-abren sus cálices.

Y el céfiro se agita dulcemente.

Y su madre la bendice derramando una lágrima.

Lágrima desprendida del alma.

Lágrima vaga y dulce como la creencia de nuestra fugitiva infancia.

### III.

Es una tarde de Estío.

Espesas nubes de polvo cruzan el espacio.

Las plantas fatigadas y cubiertas de abrasadora arena, inclínanse mustias sobre sus enfermizos tallos.

Todo es soledad.

Todo tristeza.

A veces un ligero rumor viene á interrumpir la calma de las dilatadas campiñas.

Mas tarde vése cruzar en confuso tropel, desordenado redil, seguido de acongojada pastora.



Después todo vuelve á quedar envuelto en misterioso silencio.

Laura está melancólica como los últimos fulgores de moribunda luna.

Porque la naturaleza parece haberse cubierto de enlutados crespones.

Porque las azucenas y los lirios han perdido el blando perfume que horas antes aspiráran sus delicados lábios.

## IV.

Han pasado tres albas.

Nuevos celages de oro y de zafir empiezan á animar los valles y las colinas.

Hermoso está el Cielo y hermosas las acacias del matizado vergel.

Las fuentes murmuran mansamente y las aves triscan y los segadores cantan en medio de sus familias.

Todo sonríe á la imaginación.

Todo encanta el alma, derramando en el espíritu el preciado bálsamo de la felicidad.

Y sin embargo, Laura ni canta, ni sonríe, ni vá á visitar las flores de las orillas del arroyuelo.

Laura camina silenciosa, deshojando un ramo de "Pasionarias".

De repente se detiene, eleva al cielo sus azulados ojos y una lágrima surca el breve espacio de sus mejillas.

¡Pobre niña!

## V.

Laura está enamorada de Tilo.

Tilo no ama á Laura.

Y sin embargo hace cuatro tardes la juraba enternecido, un amor casto y sencillo y apasionado y bueno.

Laura creyó sus promesas y le amó con la inocencia del ángel, con el entusiasmo de la juventud.

¡Ay! y cuán pronto el desengaño vino á herir el tierno corazón de la pudorosa doncella.

Tilo era su primer amor, el primer deseo de su alma, la primera felicidad que halagára el cielo de su inteligencia.

Dejémosla gemir, como ruiseñor herido apenas estendió las débiles plumas de sus cienientas alas.

## VI.

Laura y su madre van silenciosas por las agrestes sendas que conducen á la montaña.

Al arribar á su cima, Laura dirige una triste mirada á la aldea que á lo lejos se des-

taca rodeada de lagos y de bosques, como blanca paloma dormida sobre matizado lecho de flores.

En esta aldea vive Tilo.

El germen de sus afecciones.

La luz de sus pensamientos.

El objeto de su infortunio.

Laura suspira y trémula y agitada arrójase en los brazos de su cariñosa madre.

La madre no pronuncia ni un lamento ni una queja.

Las últimas y melancólicas tintas del crepúsculo vespertino, vienen á iluminar este cuadro de lágrimas y amarguras.

## VII.

Sobre una peña, rodeada de madre selvas, elévase una rústica cruz, sin inscripciones ni adornos.

Todas las mañanas cuando la aurora despierta, derrama benigna sus primeras miradas sobre las trinitarias que crecen al lado de este humilde sepulcro.

Y los zagales y segadores de la aldea al abandonar sus viviendas para entregarse al cuidado de sus labores, colocan sobre la cruz perfumadas coronas de *pensamientos* y *siempre vivas*.

Una anciana de nevados cabellos, envuelta en negro manto, vive al pié de la tumba escitando con sus desgarradores lamentos la caridad de todos los viajeros.

Esta muger llora la muerte de una hija.

Esta muger es la madre de Laura.

MANUEL RANDO Y BARZO.

## RECUERDOS JUVENILES.

## UNA VISITA A SANTA PELAGIA

ANTIGUA PRISION POR DEUDAS.

## CORRESPONDENCIA.

París 18 de Marzo de 18..... — Llegué entre once y doce de la mañana á la sombría prision con mi papeleta en el bolsillo; y después de algunas formalidades indispensables en la puerta principal, entré en un patio donde pregunté á unos hombres que allí andaban paseando, por dónde se entraba al ala del edificio destinado á los deudores? — "Por el pasa-



dizo de la deuda:—"me respondió uno de ellos con tono enfático: creí que lo decía por chiste; pero ví que efectivamente estaba este rótulo sobre un pasadizo que atravesé exclamando: *Oh esprit! es menester confesar que naciste francés*. Penetré después por una puerta en semicírculo guarnecida de barras de hierro, alta de tras piés, para lo cual hube de agacharme considerablemente: y hablo de esta puertecilla enana porque fué el primer objeto que llamó mi atención como peculiar á esta clase de sitios, que siempre se presentan á nuestra imaginación con semejantes entradas, no solo, á mi parecer, por lo acostumbrados que estamos á leer descripciones en que siempre van unidas estas dos ideas, sino porque se nos figura que quiere de este modo castigar la sociedad al hombre que la ha ofendido, obligándole á humillar la frente y saludar, por decirlo así, la prisión á que le condena su justicia.

Indicéronme el cuarto número 35, como manson de mi amigo: subí al piso tercero, y al fin de un largo corredor sucio y oscuro distinguí, no sin dificultad, las dos deseadas cifras: dí un golpecito á la puerta, á que respondió un sutil y enfermizo *adelante*: hícelo así, y mi amigo Eduardo, saltando de una miserable cama en que yacía tendido, se arrojó en mis brazos con toda la efusión del mas sincero cariño. Bien conocí que aquellas demostraciones nada tenían de falso, sintiendo que en semejante ocasión hubiera yo recibido del mismo modo aun tal vez á la persona mas indiferente.... Quién sabe? Acaso mi vista le hizo olvidar por un instante su situación, recordándole tiempos felices y haciéndole respirar una atmósfera de libertad.

Era el cuarto de Eduardo pequeño, oscuro y de ruin apariencia, aunque á decir verdad, todo en él estaba limpio, gracias sin duda á los cuidados de mi amigo, hombre en extremo pulcro y bien educado. Además de su cama y de una mesilla coja cubierta de versos y prosas, habia en la estancia otra cama no menos estrecha que la primera, en que estaba tendido su compañero de cuarto M. C.... jóven de bastante talento y autor de una novela que aquí ha sido celebrada mucho mas de lo que se merece. Como no habia mas que una silla, y esa, además de amenazar ruina, estaba ocupada con libros y vestidos, sentéme en la cama de Eduardo y él á mi lado, donde me neamos la sin hueso muy á nuestro sabor. Contóme todas sus cuitas, y yo le escuché sin pestañear siquiera, haciendo coro á los amables epítetos con que acompañaba los nombres de sus acreedores, á quienes trató de gente

soez y prosaica, y yo ni mas ni menos aunque á ninguno conozco.

Al cabo de un buen rato de conversacion, salimos á ver el establecimiento, que se reduce (hablo de la parte consagrada á prisión por deudas y delitos políticos) á dos patios y tres largos corredores en diferentes pisos, donde están, como las celdas en los conventos, las habitaciones de los presos. Entramos en algunas de ellas y todas me parecieron en extremo miserables, aunque generalmente hablando, ví que sus habitantes eran gente fina y acostumbrada á mejor tratamiento. Visitamos los cafés, tabernas, fondas, casas de juego y otros placeres nada platónicos, cuya vista seria bastante para apartar de la senda del vicio aun al pecador mas endurecido: tan asqueroso era todo aquello y tan asquerosas eran las damas de la vida airada que por allí andaban amontonadas como las inmundicias en un basurero. Esto no obstante, no faltaban pecadores tanto en las tabernas, como en los cafés y mesas de juego, donde se atravesaban por cierto cantidades muy respetables. Una cosa que me llamó mucho la atención fué el ver que cada cual llevaba los colores distintivos de su partido, y que continuamente veíamos pasar dados del brazo un *bonete colorado* y una blusa verde, y los oíamos reír, bromear y aun hablar de política con tanta moderación como si fueran cartujos. Comunicué á Eduardo el motivo de mi admiración, y me respondió:—"No menos que á tí me han dejado atónito los usos y costumbres de esta casa: todo en ella está, sin mas excepciones que este ó el otro desorden sensual, como una balsa de aceite: carlistas y republicanos comen, beben y se divierten juntos, sin que haya ejemplo de que una disputa ó un desafío haya nunca turbado el orden público. Celebran sus conciliábulos unos en persecución de otros: y en una palabra, ambos partidos, dentro de estas paredes por lo menos, se estiman recíprocamente, como verás cuando te haya presentado á algunos de sus individuos."—Luego que hube hablado con algunos de ellos, conocí que aunque realmente estaban muy divididos por sus opiniones, les unia un sentimiento común de que todos participaban, y era el mas soberano desprecio hacia toda persona que no gasta mas de lo que tiene. Eduardo que tiene talento y conoce el mundo, está convencido de que cualesquiera que sean sus opiniones, su deber como ciudadano español, es mostrar delante de los extranjeros ideas conformes á las que rijen en su país, y es menester confesar que sabe hacerlo con muchísima nobleza. Por lo demás, en su calidad de extranjero, se



ha abstenido prudentemente de todo distintivo exterior, y goza con su talento y amabilidad del aprecio y consideracion de ambos partidos.

Bajamos en seguida á pasearnos por uno de los patios, donde el primer objeto que llamó mi atención fué, en medio de un gran número de discípulos de San Simon, notables por la extravagancia de sus trages, muy semejantes á los que se usaban en la edad media, al padre supremo Infantín que grave y magestuoso lentamente se paseaba. Pocos hombres he visto mas hermosos y bien plantados que este profeta de nuevo cuño, á lo que contribuía en gran manera la gallardía de su porte y la elegante sencillez de su vestido. Iba como Diana en medio de sus ninfas, levantando la cabeza por cima de la de sus discípulos.

«Prepárate, me dijo Eduardo, á hallarte en presencia de grandes notabilidades, pues quiero presentarte á algunas de ellas. Aquellos dos que allí vienen de bracero con gorras, tirantes, blusas y calzones verdes, son el conde B.... escudero de la duquesa de Berry, y M. B.... primo carnal del célebre abogado de este nombre. Aquel jóven tan risueño y bullicioso que los sigue sin parar en parte alguna, es un fogoso republicano, íntimo amigo de entrambos, sobrino de la duquesa A.... Viene, como ves, haciendo desapiadada burla de un hombrecillo como del codo á la mano, cojo, seco y negro como un zapato, que es un visionario alemán, tipo de su especie, con quien te haré trabar conocimiento y sé que me lo agradecerás.

(Se continuará.)

## CORRESPONDENCIA.

Sr. Don V. G. C.: *Frailes*.—Se le ha duplicado cuanto reclamaba y con esta fecha vamos á oficiar al

Sr. Administrador de Correos de Jaen para hacerle presente que en la administracion subalterna de esa poblacion están constantemente ocurriendo faltas que es justo corrija.

Sr. Don J. Y.: *S. Roque*.—Los sellos de Correos que se sirvió V. remitir para su renovacion de 3 meses le han sido entregados á Don M. V. de esta, por haber hecho anticipadamente el abono.

Sr. Don R. M. y G.: *Salamanca*.—Se ha renovado su suscripcion por 3 meses desde 1º de Marzo y se le han enviado los números que no recibió por extravíos de Correos.

Sr. Don M. C.: *Sevilla*.—Los números que han faltado á la Sra. Dª L. G. se le han duplicado; pero le advertimos que estas faltas no son nuestras.

Sr. Don J. S. de la P.: *Burgos*.—Se le ha remitido el número de Diciembre de 1857, rebajándose del abono que tiene hecho por el del presente año.

A una Sra. Suscritora anónima que nos ha dirigido una composicion mística en verso, debemos decirle que en el último número del presente mes se publicará.

**SUMARIO.**—*Bibliografía*, por D. Francisco Flores Arenas. — *Sóñar es vivir*, por D. Sebastian de Mobellan. — *Lágrimas*, por D. Manuel Rando y Barzo. — *Recuerdos juveniles*, por don Eugenio de Ochoa. — *Correspondencia*. — *Geroglífico*.

## Solucion del geroglífico anterior.

*La letra con sangre entra.*

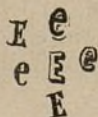
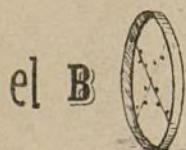
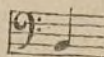
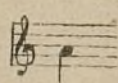
EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.



ES P 1817



Ayuntamiento de Madrid